Nada en la tierra al ímpetu resiste
Del tiempo; que aun las peñas de los montes
Tenaz acosa y con su choque embiste,
Y cuanto hay en los vastos horizontes.
A los reinos, imperios y ciudades,
Amaga la cruel muerte; cual centellas,
Del relámpago en alas, las edades
Rápidas pasan y ni dejan huellas.
Todo corre veloz y se desvía,
Como las ondas del bramante río,
Que chocando se empujan á porfía
Para lanzarse al piélago bravío.
Sólo un Ser inmortal, firme, inmutable
Hay sin igual; que siempre ha preexistido
Sin cambio alguno, al tiempo deleznable,
Y será siempre lo que siempre ha sido.
Por Él no pasa forma ni mudanza;
El futuro, el pasado y el presente
Todo se extiende ante Él, todo lo alcanza,
Igual siempre á Sí mismo enteramente.
Todo es ante su vista como un punto,
Que abarca su mirada en un momento;
Sin sucesión, sin tiempo, todo junto,
Sin moverse su mente de su asiento.
Nada hay caduco en Él, nada mudable;
Desde *ab æterno* Él ama ó aborrece
Con un acto firmísimo, invariable,
Que jamás en su pecho languidece.
No vacila jamás su inteligencia;
Cual la mente del hombre que se agita
Entre inciertos vaivenes con violencia:
Ni su ánima jamás se debilita.
En contrarios partidos fraccionado
Siendo uno su Querer, una su Mente,
Tan sólo el Gran Señor de lo crëado
Es inmutable y firme eternamente.
Dios por cierto es Aquel, que de éste modo
Principio en su existir nunca ha tenido;
Y abarcar puede y estrecharlo todo,
De su mente jamás sin ser movido.

CANTO V

PRESENCIA DE DIOS

¿QUIEN NOS SEPARA?

Ad. Rom. 8, v. 13.

¿Dónde Jehová Supremo,
Dónde tu inmensa majestad no se halla?
Del uno al otro extremo
El Universo entero por doquiera
Llena tu gran poder. En fulgurante
Trono, sentado sobre la alta esfera,
Al mundo palpitante,
Cual escabel oprimes con tus plantas,
Y en todo veo tus huellas sacrosantas.
Aunque nada á tu inmensa Omnipotencia
Negarse jamás pueda, no pudieras
Privarnos ¡oh gran Dios! de tu presencia,
Y nunca en tu bondad lo pretendieras
Aunque esto fuera dable;
Pues en el hombre tienes tus delicias
Según escucho de tu boca amable,
¡Cuán grandes de tu amor son las caricias!
Al que te ama, oh Señor, cuando abundoso
Sus mejillas empapa amargo llanto,
Tú, luego presuroso
Preparas el consuelo en su quebranto,
Ni de los sordos vientos, sus gemidos
Presa son ó sus ayes doloridos.
Tú mismo bajas de tu excelso trono,
Y en el humano pecho penetrando
Las lágrimas copiosas, una á una,
Vas del mortal contando
Sin que alguna se pierda y en tu seno
Las guardas amoroso; y al instante
Vuelve la paz; ya límpido y sereno
Se muestra el cielo al angustiado amante.
Y aun antes que erizado
El corazón por las espinas sienta,

Antes que estalle hinchando
El ronco vendaval; cuando violenta
Fluctúa la mente entre hórridos vaivenes,
Ni aun presiente ella misma la tormenta;
Tú ya los votos del mortal previenes;
Desciendes bondadoso
Y apaciguas el pecho tumultuoso.
¿Qué fuerza, dulce amor, mi Dios amante,
Podrá arrancarme de tu tierno pecho?
Mil sangrientas espadas por doquiera,
Armadas de terror amenazante,
Ya vengan á embestirme; con despecho
Se me abalance, con mirada fiera,
El cruel Marte, sus armas asestando,
Con que envuelto en oscuro torbellino,
[Nuevo de muerte hallazgo peregrino]
Truena terrible el rayo despreciando.
Mis labios se abrirán á una sonrisa;
Nada podrá arredrarme,
Ni del brazo de Dios arrebatarme.
Del fondo del Averno tenebroso,
Broten las negras sombras inclementes
Sacuda su sangrienta cabellera
En retorcidos bucles de serpientes.
[1] Tisífone, ese monstruo fabuloso;
Ladre con rabia fiera,
Sus tres fauces hambrientas ensanchando
Cerbero á quien la fábula pusiera,
A custodiar del Orco los umbrales,
Siempre á las negras almas acechando:
Se arrojen sobre el mundo
Todos los monstruos del averno inmundo...
Yo, con risueño impávido semblante,
Llamándote, Dios mío,
Pondré en fuga, venciendo en el instante,
Esa turba de espectros portentosa:
Y despreciando ese dragón bravío,
Hollaré su cabeza ponzoñosa.
Mas ¡ay! el cielo torvo, encapotado
Se envuelve en amenazas y furores;

1 Tisífone, una de las tres Furias que, según la Mitología, atormentaban las almas que estaban detenidas en el Averno. ¿Cómo el Poeta desafía aquí á un monstruo fabuloso? El, bajo este nombre mitológico, y el siguiente del horrible Cerbero, portero del Averno, personifica á algunos de los malignos genios que en el infierno atormentan á los réprobos contínuamente.

Gruesas nubes el sol han sepultado,
Y hórrida negra noche de repente
Sobre el mundo arrojose:
Toda luz extinguiose;
Sólo el rojo relámpago frecuente
Rompe esa oscura noche indescriptible,
Y la hace este vislumbre más sensible.
Brama la tierra en sus profundidades;
De sus ejes arráncase furiosa;
Se desgaja y sus lóbregas entrañas
Abre doquiera; y torres y ciudades,
Con ruina fragorosa
Amenazan, desplómanse; crugiendo
Se ruedan las montañas,
Se estrella el Universo. Yo sonriendo
Miraré esas catástrofes estrañas:
Nada podrá arredrarme,
Ni del brazo de Dios arrebatarme.
Con torvo ceño, intrépida, resuelta,
Dando hórridos aullidos,
Con su cetrina descarnada frente
En un oscuro nubarrón envuelta
Contra mí *¡desdichado!* se abalanza
De la muerte el espectro; y prontamente
Dobla el arco con toda su pujanza;
Y vibra luego con silbido horrendo
Un dardo rapidísimo, tremendo.
Mas yo sereno, impávido, entre tanto,
Aunque tu ira redobles y furores,
De tí me he de burlar, pueril espanto:
Pues ni armada de todos tus furores
Podrás así arredrarme,
Ni del brazo de Dios arrebatarme.
¡Oh cuán vienes tardía, cuán perezosa!
Son lánguidas tus flechas,
Es debil tu guadaña poderosa.
Cuántas veces, llamándote anhelante
Te importuné con ayes y gemidos.
¡Oh bien venida! llégate al instante
A romper estos lazos ya roidos,
Estos viles despojos
De mi cuerpo estos ásperos cerrojos.
Y pueda finalmente,
El vuelo desplegando á las alturas,
Para siempre embriagarme inmensamente

De mi Dios en los goces y dulzuras;
Y abrazado en sus férvidos ardores
El torrente beber de sus amores.

Tú solo, Inmenso Dios, siempre me tienes
Presente á Tí; si vivo, Tú mi vida
Sustentas y mantienes;
Esta luz, de que gozo, es recibida
De Tí; tuyo es mi sér; y este divino
Artificio; y el uso y la destreza
De mi hábil organismo peregrino.
Y esta gran ligereza
Con que vuela mi mente arrebatada
Y atrás deja al relámpago violento;
Y sus órdenes todas, al momento,
Diestras mis plantas, ágiles mis manos
Cumplen, como mandatos soberanos.

Si me agrada correr en la pradera,
Ni aun la grama se siente lastimada;
Y cuando lento camínar yo quiera,
Lenta será y pausada
Mi marcha, y como agita suavemente
Sus ramas la palmera
Que el zéfiro acaricia dulcemente.

Nada hay que comparable
Pueda ser con la mágica estructura
Con que mi cuerpo se sostiene y rige:
Ni todo ese conjunto inexplicable
De los astros que brillan en la oscura
Bóveda de zafiro
Que en noche quieta enagenado miro,
Cuyo órden todo tu saber dirige;
Podrá ser comparado
Con el noble organismo que me has dado,
Sus fibras y resortes que lo mueven;
Su ingenioso perfecto mecanismo,
Mil variados meneos caprichosos,
Mil usos portentosos
Y blandas actitudes asímismo
Combinan en magnífica armonía
Que explicar nadie ni entender podría.

Con grande arte mis dedos industriosos,
Pliego y aplico en usos singulares;
Con tres de ellos ahora
La pluma sosteniendo,

Trazo ingeniosos signos á millares,
Líquido negro en el papel vertiendo.
Ya el arco zumbador ó bien la espada
Sostengo con mi mano;
O grueso tronco, ó roca aunque pesada;
O bien en la pradera,
Que se adorna risueña y placentera.
Una flor primorosa cojo ufano,
O de un arbol frondoso
Me acerco á desprender el fruto hermoso.

Mil y mil veces dócil articula
Mi lengua, á la garganta obedeciendo,
Que á su arbitrio las rige y las modula.
Esto hago muchas veces, no entendiendo
De qué modo mis órganos se mueven,
Aunque sin fin renueven
Sus variadas funciones, ni aun comprendo
Cuál arte los dirige,
Y sus oficios portentosos rige.

Mas nada á Tí se oculta; tu gran mano
Firme todo sostiene,
Y acción y vida sin cesar mantiene.
Todo ahinco y esfuerzo fuera vano
De Tí por ausentarme.
Si á los cielos quisiera remontarme,
Allí encuentro tu trono sempiterno:
Iré á esconderme en un rincón sombrío
Del cáos profundo del oscuro Averno:
Allí terrible truenas ¡oh Dios mío!

Y si en álas del viento atravesara
Por nuevas sendas los hirvientes mares;
Seguro en mi camino,
Escoltándome el ronco torbellino,
Tu fiel mano amigable me llevara.

Y aunque rompa la muerte irresistible
Los más estrechos, más antiguos lazos;
Y con golpe terrible,
La mitad de mi sér venga á arrancarme;
Nunca podrá de tus amables brazos
Con toda su pujanza arrebatarme,
Ni romper ese vínculo amoroso
Que me estrecha á tu pecho bondadoso.

Tú solo á mí presente estás doquiera;
Ni puedes un instante desprenderte;
Tú solo entre las garras de la muerte

No me abandonas en la lid postrera;
Por eso ya mi pecho en adelante
Arderá por Tí sólo, fiel amante.

CANTO VI

BENEFICENCIA DE DIOS.

TODO SUJETASTE BAJO LOS PIES DEL HOMBRE.

Ps. 8, v. 8.

Tú tan sólo del hombre ¡oh Dios amante!
Eres el digno amor; Tú lo has creado
Para Tí solo, y prófugo y errante
Sin Tí, en vano, el consuelo suspirado
Busca sin fin; pues ese gran vacío
Tú solo llenas, compasivo y pío.
Tú eres del corazón el goce puro,
El sincero deleite; y cuanto amamos
Del lisonjero mundo, amargo y duro
Nos es al fin, y en el amor hallamos
Delirio cruel, desgarrador tormento,
Donde encontrar creíamos el contento.
Solo Tú me amas con amor ferviente,
Embeleso del mundo, Dios amable:
Pues, ¿quién, fuera de Tí, jamás su ardiente
Amor me prodigó? De inagotable
Dicha, cual siempre hubieras disfrutado,
Aunque nunca este sér me hubieses dado.
En la horrenda calígine espantosa
De la nada yo estaba sumergido:
Tu voz agigantada, poderosa,
Escuché entonces en ese abismo hundido,
Y dél me arrojó deslumbrado afuera;
Lo que era entonces, hora sin Tí fuera.
Siempre esto hubiera sido. Tú me diste
La vida, y cuanto soy, y en cada hora
De Tí mi sér depende y se reviste:
Pues si de mí tu mano bienhechora
Un instante apartaras, rodaría
A la nada y el cáos me tragaría.
Doquier tiendo mi vista, de tus dones

Todo rebosa; el aire que impalpable,
Me rodea, se insinúa por mis pulmones;
Y la sangre sutíl y delesnable,
Sus glóbulos vitales renovando,
Va por sendas tortuosas circulando.
A ese sol gigantesco Tú mandaste
Que sobre mí derrame su luz pura,
Y el constante sendero le marcaste,
Que, siempre en riña con la noche oscura,
Recorre sin cesar, cual si escuchara
Mi voz y en complacerme se recreara.
Y apenas muere, mil y mil lumbreras
Tu mano enciende, que al mortal cuitado
Alegres centellando y placenteras,
En sus ojos, del sueño regalado
Derraman el beleño, que amoroso
Calma el pesar del pecho borrascoso.
Al mar también mandaste, que bramante
En la arena se estrelle; que sostenga
En su dorso las naves, y á la errante
Turba de peces que á la playa venga;
Y en la red y el anzuelo fraudulento
Caiga, á servirme luego de alimento.
Todo cuanto Tú creaste has sujetado
En todo el Orbe á mi servicio y gusto,
Y el elefante colosal y armado
De gran colmillo, aunque de aspecto adusto,
Se rinde á mi mandato, ni se niega
El camello á la silla, y se doblega.
Sus poderosas armas entregando
El toro, se sujeta al duro yugo;
Y el combo arado plácido arrastrando
Rompe los surcos, y el fecundo jugo
Remueve de la tierra, que fomenta
El grano y en su seno lo alimenta.
Me obedece el caballo, que espumoso
Fuego por sus narices respirando
Hace temblar el suelo polvoroso
Con su pezuña indómito escarbando;
Obedece, no obstante, ni desdeña
El freno audaz que su furor domeña:
Y ya animoso á la pelea se lanza
Al brillar el acero, y con denuedo,
Bufando, al enemigo se abalanza;
Las filas rompe, é impenetrable al miedo

Las espadas afronta, y ni la muerte
Pueda domar su pecho noble y fuerte.
Los mismos tigres y el león sangriento,
Ya prisioneros, cual señor me acatan;
Ni las aves que vuelan por el viento,
De mis lazos y redes se desatan:
Y aun en sus mismos nidos les enciendo
Gruesas resinas, y la liga tiendo.
O sin temor de insidias, descansando
Ellas entre el follaje y aun sus álas
Rápidas por el aire desplegando;
Con inflamado azufre ígnitas balas
O dardos arrojándoles, su vuelo
Corto y las hago abandonar el cielo.
El animal más ingenioso, al lado
No puede estar del hombre: vivo fuego
Sacó del pedernal, cual delicado
Niño jugar podría; le arrimó luego
Arido combustible, y sus fulgores
Auyentan de la noche los horrores.
Y en vano el animal del bosque umbroso,
Y las aves del cielo intentarían
De la noche rasgar el envidioso
Oscuro manto, mas la luz espían
Las avecillas de la bella aurora
Esperando que asome encantadora;
Ya acusan la tardanza, y suave canto
Le hacen oír para romper su sueño.
Mi industria singular se avanza tanto
Que del sol rutilante como dueño
Lo concentro en espejos,[1] y desvío
Su gran calor sobre un zarzal bravío.
Los árboles y plantas, caprichoso
Sujeto á nuevas leyes, y les mando
Que produzcan de un modo misterioso
Nuevas hojas y frutos, que admirando
Ya ocultan en sus ramas. De afilada
Segur, mi mano destructora, armada,
Las encinas y fresnos seculares,
Con golpe asolador, en un momento
De sus bases derribo; y á millares
Visitan el hogar, de quien violento

1 Los famosos espejos ustorios á que se alude aquí, se atribuyen á Arquímedes, como su inventor; y aun se refiere de él que en el sitio de Siracusa por los Romanos, se valió de éstos para incendiar sus naves.

Los derribó. Con dentellada sierra
Divide el mármol que escondía la tierra;
Y del buril la forma que yo quiero
Cogen á su pesar; y las alturas
Escalan de los templos con ligero
Impulso que les doy. Ni las oscuras
Hondas entrañas de este vasto globo
Respetar he sabido en algún modo:
Pues le arranco á sus senos tenebrosos
El bronce, plata y oro codiciado.
Y me atrevo también los perezosos
Pantanos á secar, el curso hinchado
Fuerzo á los ríos, y sólidas barreras
Del mar opongo á las oleadas fieras.
Creyéndole al timón, el despechoso
Oceano surco dentro frágil quilla;
Y las velas torciendo al cariñoso
Zéfiro alado, impávida barquilla
Allá se lanza, donde el mar y el viento
Tal vez castigarán ese ardimiento.
Tales artes é industrias Tú me has dado
Que me honra como á rey la tierra entera.
Mi estable habitación has colocado
En esta hermosa gigantesca esfera
Que en medio firmamento suspendiste,
Y sin cimiento alguno estableciste.
Arida un tiempo estaba; mas el trueno
Oyó de tus acentos bienhechores.
Luego del aire diáfano y sereno,
Condensados los húmedos vapores,
Truécanse en lluvia que abundante riega
El alto monte y la florida vega.
Mas no un fuerte turbión con furor ciego,
Las nubes desgarró vertiginoso:
Mas de éstas á través, con gran sociego,
Como por un tamiz artificioso,
Gota á gota se cuela, resbalando,
Y así el árido prado va regando.
Y las aguas que el cielo abandonaron,
Y serpenteando quietas y serenas,
Por el poroso suelo se filtraran
Para ir á guarecerse entre sus venas;
Después más animosas, borbollando
Y entre roncos hervores murmurando,

[1] Excaban de los montes las alturas;
Y en su cumbre, entre límpidos raudales
Brotan para rodar á las llanuras
Sus fecundos riquísimos raudales,
Que como venas por la tierra entera
Circulando, la riegan por doquiera.
¡Qué risueña y amable se atavía
Doquiera exhuberante la natura,
Su vigor ostentando y lozanía,
Luciendo sus alfombras de verdura!
En formas mil las caprichosas flores
Variando sus vivísimos colores,
Se pavonean vistosas, afectando
Del prado el señorío con arrogancia,
A quien halagan, pródigas brindando,
Exquisita, suavísima fragancia,
Que en sus álas los zéfiros ufanos
Esparcen por los montes y los llanos.
La mies undosa ya su blonda frente
Hasta el suelo doblega; y en su caña
Arqueada columpiándose, al prudente
Segador llama armado de guadaña:
Llena de néctar la uva rozagante
Espera los lagares anhelante;
Y la oliva aceitosa á la tardía
Almazara reprende, ya impaciente:
Y los árboles mismos á porfía
Llaman á quien reciba finalmente
Sus balsámicos frutos regalados.
Que sus brazos ya tienen encorvados,
Y alardean de su aroma y sus colores,
Y su suave fragancia que revela
La mezcla de dulcísimos sabores;
Y sobre un fruto si algún ave vuela,
Al hincarle su pico, luego entiendo
Que está maduro al que mi mano extiendo.
Para mí el ave sus gorjeos ensaya,
Y modula sus trinos, pues su canto
Sólo yo gusto, ni algún otro se halla

1 Era la creencia que entonces se tenía de los manantiales, cuyo origen se atribuía, en verdad, á las aguas pluviales, que por efecto de la porosidad de la tierra filtrándose en todas direcciones, forman ciertas corrientes subterráneas, que después, en virtud de un principio desconocido, ascienden á las alturas aun en grandes masas, por conductos profundos, y ahí rompen as capas del suelo para rodar después á los valles. La moderna Geología ha esmentido estos principios.

Que apreciarlo pudiera. Yo me espanto
Al contemplar tus obras primorosas,
De tus manos hechuras portentosas.
[1] Mas sombra es esto de tu Omnipotencia:
Tengo aun que admirar dones mayores
De tu inexhausta espléndida clemencia.
Debías Tú, con tus rayos vengadores,
Pues de tu ley el yugo he quebrantado,
Y me he contra tus fueros rebelado,
Lanzarme para siempre á la espantosa
Lúgubre noche del profundo Averno,
A su ardiente vorágine ambiciosa,
Pábulo suyo, indestructible, eterno,
Do eterna pesadísima cadena
Mordiera airado, en indecible pena.
Tu ultrajada justicia esto pedía,
Y hórrido trueno de fatal venganza
Sobre mi frente criminal rugía.
¿Qué harás, Dios Clementísimo? ya alcanza
El clamor de mi culpa á tu Santuario;
Que el reo sea castigado es necesario.
De tu amor infinito ¡oh sorprendente
Digno artificio! la terrible pena
Que yo pagar debiera delincuente,
Descargas sobre tu Hijo, y la terrena
Vestidura del hombre miserable
Todo lo envuelve en modo inexplicable.
Te hiciste hombre por mí; mi culpa pagas
Tú, quien sólo podías. Atan tus manos;
Se abre todo tu cuerpo en vivas llagas;
Bofetadas, azotes inhumanos,
Y un espinoso casco en tu cabeza,
¡Ay! todo te desgarran con fiereza.
Hasta que al fin en una cruz clavado
De piés y manos entre dos ladrones,
Fuiste por el amor sacrificado:
Mientras el sol, del cielo en las regiones,
De repentina oscuridad cubriose,
Y horrorizado, en negra sombra hundiose.
Mas de esto aun no pagado, bajo el velo
De blanco pan, tu mismo Sér divino
Y humano has encerrado; y desde el cielo,
De un modo portentoso y peregrino

1 Hace transición el Poeta de los dones en el órden de la naturaleza, á los beneficios de Dios en el órden de la gracia, incomparablemente mayores.

Desciendes de mi pecho á la morada
Lóbrega tanto y tan desaliñada.
La inmensa Majestad que el mundo entero
No puede contener, allí Tú ocultas;
Allí eres mi alimento, y prisionero
De amor, allí tu resplandor ocultas,
Buscándote en mi pecho fiel abrigo,
Buscando en él un hospedaje amigo.
Al amante acorred que languidece,
Muere de amor, venid á confortarle;
Ya de mortal herida desfallece:
Calmad su ardor, ea, pronto á mitigarlo
Venid mortales y también heridos,
Sed presa de su amor, sed sus vencidos.

CANTO VII.

BENIGNIDAD DE DIOS.

TODO LO QUE PIDIEREIS EN LA ORACION, COMO TENGAIS FE, LO ALCANZAREIS.

Matth. 21, v. 22.

Como en tiempos remotos Grecia y Roma,
En ignorancia y ceguedad iguales,
A Jove dieron culto en sus pinturas;
Así, (este ejemplo toma)
Una gran muchedumbre de mortales
A Jehová se imagina en las alturas
Siempre áspero é iracundo,
Déspota fiero, siempre maquinando
Con torba faz, ó asolador vibrando
Sus vengadores rayos sobre el mundo.
Digno ¡ay! de Averno aborto monstruoso
Un estólido error tan lamentable,.
De un polo al otro á la verdad contrario.
Pues Dios, como afanoso,
Con semblante dulcísimo y amable,
Ojea desde su espléndido Santuario
Sobre la baja tierra,
Buscando si algún hombre agradecido,
Que se conozca por su amor vencido,
En sus ámbitos todos ella encierra.
Mas el recto sendero á un lado hicieron

Ya todos los mortales, olvidados
Del Creador, y aun nombrarlo les afrenta.
Todos se sumergieron
En terrenos inútiles cuidados,
Que negro olvido sin igual fermenta:
Cuando aun la torva fiera
No se maneja en modo semejante
Con su señor á quien halaga amante:
¡Oh insensatez, oh insania lastimera!
Por dichoso mil veces es tenido
Aquél que los umbrales del palacio
Pisa de un rey, que le otorgó bondoso,
Prestarle atento oído.
Mas he aquí que sus atrios de topacio
El Rey de reyes nos franquea amoroso;
Benigno en su semblante,
Acerca á todos á su trono augusto,
Ni con el ceño rígido y adusto
Se niega á quien le ruega suplicante.
Todos pueden hallarse en su presencia,
Ni tiene que gemir pobre ó mendigo,
Porque fué de sus puertas arrojado
Con rígida violencia;
No es menester para encontrar su abrigo
Andar y desandar el ya trillado
Sendero, y con paciencia
Esperar á sus puertas, las más veces
Afrontando repulsas y reveses,
Tras de una larga inútil insistencia.
Mas sin tasa de tiempo, sin medida,
A todos Él escucha placentero:
¡Tanta es del Rey Supremo la clemencia!
Y aun insta y nos convida,
De padre con empeño verdadero
A que á su real benéfica presencia
Las súplicas llevemos,
Que risueña forjó firme esperanza,
Que todo obtiene y eficaz alcanza,
Cuanto de ella impulsados demandamos.
Nunca [Él promete] volverán vacías,
Encubriendo su rostro sonrojado;
Y si arrancar de cuajo un alto monte,
Y á las olas bravías
Quisiéramos del mar nunca sondeado,
Arrojarlo tal vez, el horizonte